

La censura del exceso

Apuntes sobre Imágenes y Sujeto en la Cultura-Red

REMEDIOS ZAFRA

Hoy la gente apenas se mira directamente a la cara, media casi siempre una pantalla. Y la pantalla comienza a habituarnos a todo, y suaviza la realidad visualizada, y deja atrás, como recuerdo pasado de cuando frente a los otros llevábamos puesto el cuerpo, el olor, el tacto y la certeza de realidad de las cosas que arrastran la vulnerabilidad del mundo material. Ahora aquí casi todo es *imagen sin carne*¹.

La pantalla como profiláctico de la mirada evita el malestar antiguo de fagocitar en directo la intimidad de la gente. Los ojos son aprehensivos si son vistos con sus brillos y estrellas porque llevan el sujeto detrás, a cuestras, incluso cuando el rostro se reduce a su mínima expresión de presencia o al simbolismo de dos puntos negros, «*sistema pared blanca-agujero negro. Ancho rostro de mejillas blancas, rostro de tiza perforado por unos ojos como agujero negro. Cabeza de clown, (...) Pierrot lunar*»². Pero si se dan escondidos en la pantalla parecieran más autónomos y liberados de responsabilidad en el otro, relajados en su búsqueda insaciable de «ver» y en la tranquilidad de desaparecer (pero seguir viendo) sin consecuencias.

La imposibilidad de reunir las imágenes y los fragmentos de mundo digital que producimos en nuestros días conectados habla de una nueva cultura excedentaria en lo visual. Y hacia el excedente de imágenes, que son excedente y son contingencia, derivan los ojos hoy, fascinados por la adicción del ver y poder ser vistos mientras el cuerpo descansa al otro lado, generando un exceso de cosas que entretienen, interesan o seducen. Y son cosas, en apariencia sobrantes y prescindibles, pero que el ojo aprende a sentir necesarias.

Entregados al exceso del habitar en red, pareciera que hoy el sistema se pervierte poniendo en juego dos ganancias sustanciales: el poder sobre la gestión tecnológica de la visibilidad como garantía de existencia y valor, y la autoimplicación en lo que entregamos en las redes de manera más o menos consciente para nuestra propia dominación.

1. «Nuestro ojo ignora cada vez más la carne del mundo», en Debray, Régis, *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*. Paidós, Barcelona, 1995, p. 97.

2. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1994, pp. 173-196.

Puede que sea demasiado tarde, que todo sea irreversible, pero no se trataría de volver atrás, sino de que la transformación del mundo a través de la preeminencia del exceso en la imagen y mediante la tecnología no afiance las desigualdades de ahora. Se trataría de conocer las condiciones del cambio, de advertir que pasar las decisiones por filtros de posicionamiento que sucumban ante la velocidad —por la imposibilidad derivada del exceso— nos significa a favor del poder hegemónico que iguala ojos a capital. Y que esto no supone que debamos otorgar a lo masivo otro calificativo que «masivo» (en ojos, dedos, o visitas), sin presuponer conocimiento, atención o conciencia en dicho gesto.

La desigualdad de los «no vistos», de los que no existen en el mundo conectado, de las alteridades, los excluidos o los inconformes, pone de manifiesto el espejismo de una cultura-red donde la máquina y sus dispositivos se han camuflado como neutrales, o se nos han hecho invisibles. Pero también los conflictos se apoyan en la parálisis derivada del exceso del ver sin descanso, sin parpadeo, en una sintomática crisis —o tal vez nuevo estatuto— de la atención. Un ver que, como ante un increíble *aleph* —por la dimensión de lo que abarca y la potencia de las distintas aplicaciones tecnológicas disponibles— parece hacernos responder desorientados, como cuando a los niños se les rodea de juguetes y regalos y se bloquean o se angustian sin saber por dónde empezar, o se hacen dóciles, siguiendo las indicaciones y flechas propios de un parque de atracciones.

Hoy la mirada no es lo que era. Hoy las imágenes en las que se despliega el sujeto online no son solamente cosa del sujeto. Las imágenes se estratifican como cordilleras de fragmentos del yo que hacen crecer y acumular poderes y capital, poderes del capital. Y lo hacen allí donde servicios en red que aparentan «dar» sobre todo «reciben»; donde ofrecemos incondicionalmente, cada día, trozos de nosotros mismos despistados por las cosas de los otros, que nos impiden ver dónde estamos, dónde ofrecemos tiempos propios donados a quienes saben rentabilizarlos; como la necesidad de época que marca «estar» para «ser», para «ser visto». Aunque ese «ser» venga cada vez más determinado por la obsolescencia de la memoria-ram de la máquina. Memoria que mañana nos olvidará sacándose de entre los dientes los restos de nuestros píxeles para devorar lo último. Porque sólo parece haber lugar para la voracidad del instante como insaciable necesidad de ahora. Hoy el alimento de la máquina y del poder que la atraviesa es la demanda de actualidad que recolecta dedos posicionados y ojos frescos. Los de ayer quedaron viejos, tweets pleistocénicos, con las pieles envejecidas y blandas, como las zonas podridas de una manzana bajo un sol acelerado.

Excesivo y digital el pasado se olvida porque es el hoy, en tanto presente continuo, lo que tiene mayor poder sobre el ser. Y la memoria se delega en la máquina y los archivos infinitos se almacenan porque sentimos que no ocupan lugar físico. De forma que toda acumulación y exceso son bienvenidos en tanto no arrastran la complicación del poco espacio de nuestras habitaciones y muebles.

En el gesto cotidiano de acumulación digital formamos parte del *big data*³ que caracteriza la época, y parecemos no ver el límite ni la contrapartida de producir y archivar fragmentos infinitos de vida digitalizada. Incluso cediendo a la oferta de almacenamiento fuera de nuestro control y de nuestros discos duros, en entes no carentes de perversión y poesía, como esa llamada «nube», entre otros.

Sin embargo, también nos incomoda la dificultad de reducir el exceso para hacerlo manso, o de comprimirlo y verlo de pronto manejable como un símbolo que nos permita manipularlo y comprenderlo. La hipervisibilidad excede los ojos hasta imposibilitar su abordaje, su gestión, deriva en nuevas formas de censura.

El exceso hace reclamar a gritos: «¡Qué alguien nos ayude a filtrar, a ordenar, a jerarquizar!», lo que curiosamente antes reclamábamos horizontal y desjerarquizado como respuesta y alternancia a ese otro exceso de antes de antes (cuando el mundo no estaba en red), cuando el dominio de unos pocos era tan claro. «*Don't be evil*» reza uno de los lemas de Google, ese dios que atraviesa la cotidianidad de la vida online y construye el poder hoy, advirtiéndonos a nosotros de lo que suponemos temen en sí mismos.

3. Este concepto en cuanto a proceso, alude a la «acumulación masiva de datos», en cuanto a producto se conoce como «datos masivos» y también como «datos a gran escala».

El poder de ahora subyace en la escritura de las bases de datos a las que apunta cada búsqueda. Su lógica algorítmica, su programación, su estructura, que no es así porque se trate de la única o mejor manera para facilitar un orden. Es así, porque es la opción elegida por quien crea y gestiona la máquina, por quien desea «lograr algo» a cambio de que lo utilicemos. Lográndonos acaso a «nosotros», a cambio de que nosotros logremos cosas como posicionamiento, visibilidad, dependencia en el uso, capital.

El valor, la visibilidad, los significados e imágenes de las cosas que regulan estos dispositivos hablan del poder para mantener o crear mundos nuevos. Y son hoy cuestión de programación y algoritmos, cuestión también de multitudes, pero ante todo de nueva hegemonía colonizadora. Me refiero a quién manda sobre esa programación, quién gestiona el orden, quién programa las lógicas del *ser/no ser*, de *ser visto*, entre las infinitas variantes posibles, quién se hace imprescindible y repite o crea un mundo, un poder sobre el mundo.

Porque pronto descubrimos que no hay cosa más hackeable que «lo más visto», tanto por las propias lentes y programación (que visibilizan y «crean»), como por la instrumentalización de los ojos sin tiempo puestos al servicio del capital. Se logra así un posicionamiento previo que operará como hándicap, que engordará lo que ya es muy visto o se presenta como tal, bajo los más básicos principios del mercado con que se movilizan a las masas.

Y no deja de parecerme curioso, y en ocasiones irritante, que en esa acumulación de lo visto se nos quiera mostrar la convergencia resignada de enfoques que reivindican, de un lado, el carácter democrático (el poder de la mayoría) y, de otro, la hegemonía neoliberal (el poder de unos pocos que controlan y capitalizan el medio). Ambos llamando a la multitud como si en un círculo optaran por sentidos opuestos hasta confluír en un punto que les hermanara en las formas de gestión tecnológizadas de las nuevas colectividades. Hay diferencias, hay contradicciones y resistencias. Hay sobre todo consideración o apagamiento del sujeto.

Pensar en los lastres que suponen estos órdenes en los que delegamos la pregunta al mundo es hoy razón crucial del análisis de las redes como forma de articular un modelo, o meramente unos apuntes, teórico-críticos, sobre la cultura visual contemporánea. En esta apología que reivindica el valor de la visualidad contabilizada (los ojos como nueva moneda) como criterio fundamental del orden del mundo en red, se hace preciso detenernos a habitar con extrañamiento contextos y condiciones, estructuras y sesgos. Hacerlo retomando conceptos que matizan cómo la mayoría hoy puede ser fabricada tecnológica y socialmente.

El exceso y las infinitas distancias que permite el ver a través de la tecnología es un nuevo hábitat que urge entender al sujeto. Sujeto que vive con el riesgo de que dicho exceso opere como forma diluida de todo intento de profundización. El que entendemos necesario para tomar conciencia de la opresión simbólica que repite mundos, y que favorece un tránsito epidérmico por las cosas por imposibilidad de detenernos en ellas. Como gesto, la parada de la mirada y su parpadeo nos permitiría ver allí donde sólo hay fondo y mañana olvido, descubrir en el exceso flagrantes y cotidianas formas de desigualdad. Puede que esta fuerza facilite la conciencia y que en conjunto con ella opere como mecanismo verdaderamente disruptivo para crear otras formas de valor y de alianza entre las personas. Razón para enfrentarnos críticamente a las tecnologías contemporáneas del ver y del hacer ver, preguntándonos por lo que hoy puede la pantalla para el sujeto, mucho más que un marco de fantasía, mucho más que un espejo.

Remedios Zafrá es Profesora Titular en el Departamento de Expresión Musical y Plástica de la Facultad de C.C. de la Educación en la Universidad de Sevilla.